

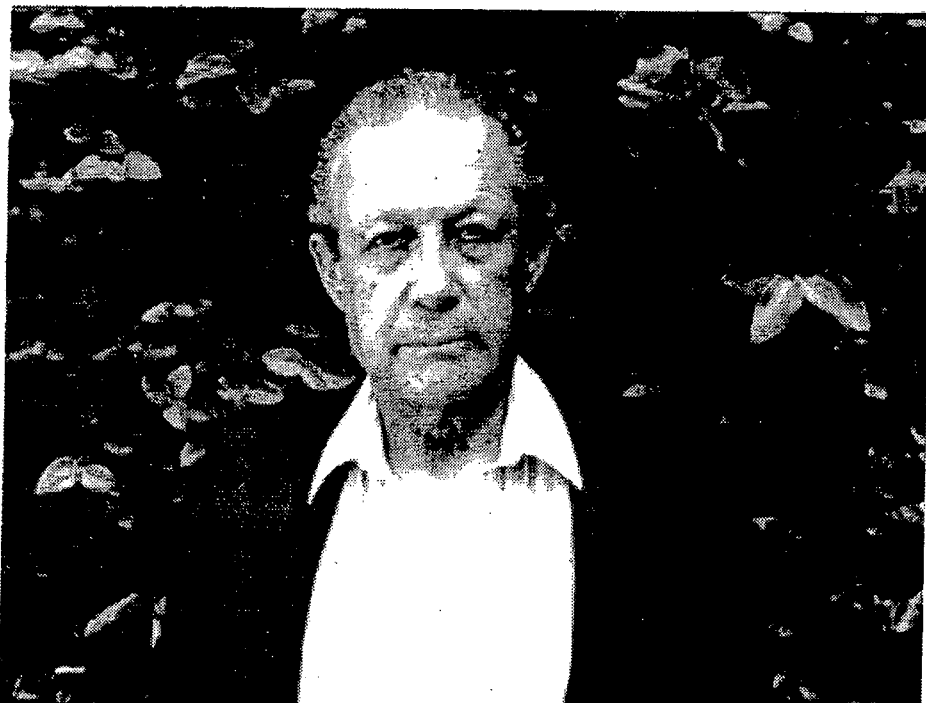
Entrevista a Juan Liscano

## Enseñar a leer a los que saben leer

Blanca Elena Pantin

Con su proverbial ironía y lucidez, Juan Liscano dice que la lectura no es solamente descifrar los signos sino tener la mente propicia para sintetizar y conceptualizar lo que se está leyendo.

«Se trata de enseñar a los que saben leer y no, precisamente, a través de la publicidad».



*"Yo le aseguro que muchos de los jóvenes que saben leer y teóricamente escribir, no saben conceptualizar, porque la televisión no permite conceptualizar sino la sensación".*

**P**arece existir una relación directa entre educación y lectura. Usted al menos ha insistido mucho en eso.

—Yo diría que la lectura, si venimos a ver, siempre ha sido minoritaria, pero la diferencia con nuestra época es que antes tenía un carácter sagrado. La gente no leía; pero leían los sacerdotes que eran el poder teo-

crático; por otra parte, con el tiempo los libros aumentaron y entonces el escritor vino a ocupar, también, una función muy ductora. La humanidad se desarrolló, hasta ahora, no propiamente leyendo, sino viendo en el libro un símbolo de conocimiento, de orientación; donde viene la ruptura es ahora con los medios audiovisuales. Ya la lectura no desempeña

ese papel, sino los medios audiovisuales, particularmente la televisión. Entonces, ese es el fenómeno real actual; no es que la lectura fue mayoritaria (nunca lo fue), sino que sí desempeñaba un papel sagrado, una suma de conocimientos, para el vulgo que no leía. En el caso nuestro, esa condición pues, de lectores, que fue siempre minoritaria, se ha dete-

riorado muchísimo con lo audiovisual y con la crisis educativa. Mal que bien la educación, antes de una serie de cambios que se hicieron finalizando el régimen de Pérez Jiménez, y que la democracia intensificó degeneró completamente la enseñanza (por lo menos hasta ese momento el libro seguía desempeñando un papel importante y el escritor un papel ductor: eso desapareció). Para volver a convertir al escritor en un elemento ductor se necesitarían una serie de cambios que no los veo; pero si se podrían crear, mediante una educación que regrese a los valores humanísticos, que regrese al respeto por las obras literarias, se podría crear cierto grupo importante de lectores como hubo entre la muerte de Gómez y el fin del régimen de Pérez Jiménez. Paradójicamente, la democracia ha sido uno de los factores más deteriorantes de la posibilidad, de la lectura por el descenso de los niveles educativos.

**—Algo de eso se proponía rescatar el proyecto de reforma del sistema educativo, que engavetó la administración lusinchista y que nadie parece dispuesto a poner en práctica.**

—Esa fue la Comisión para el Estudio del Proyecto Educativo Nacional, integrada por Uslar Pietri, como coordinador, e integrada por Orlando Alborno, Arnoldo Gabaldón, Felipe Bezara, Ignacio Iribarren, Antonio Luis Cárdenas, Iván Olaiola, Enrique Pérez Olivares, Germán Carrera Damas, Luis Beltrán Pietro, Edmundo Chirinos y Pedro Rincón Gutiérrez; entregaron al presidente Lusinchi los resultados de su investigación, con recomendaciones fundamentales de reforma del sistema educativo nacional. Fue engavetada porque —lo debo decir— para los gobiernos democráticos actuales el único factor determinante es la política. Ganar o perder las elecciones; segundo, dentro de los partidos crear un equipo de maquinaria que le permita asumir el poder de nuevo; todo lo demás en Venezuela tiene poca importancia; tiene poca importancia la higiene, los hospitales, la asistencia social, la seguridad personal, la edu-



cación, todo eso es secundario. Lo principal es mantener las asambleas legislativas, los concejos municipales, los sindicatos pagados, en fin, un gasto público que permita ganar las elecciones. En este país dramáticamente, la democracia ha resultado lo contrario de la civilización: la barbarie. En ese informe se menciona muy claramente la crisis educativa que está viviendo el país; pero lógicamente no podían hacer una crítica de la democracia, de los partidos porque lógicamente estaban nombrados por ellos, pero allí está perfectamente definido un proyecto de reforma educativa fundamental.

Ahora, partiendo de esa reforma que es indispensable para mejorar la calidad del venezolano, es cuando se puede plantear realmente el mundo de la lectura, el mundo del libro como una recuperación que nunca tendrá el carácter único que tuvo, puesto que ya existe la televisión, pero que por lo menos puede constituir una fuente de distracción y de conocimiento para miles de venezolanos alejados hoy día del mundo de la lectura.

**—Usted conoce muy bien el negocio editorial y sabe también de fracasos: ahora, esos fracasos están relacionados con lo que estamos hablando o es que definitivamente no se lee, o acaso no se ha sabido proporcionar el hábito de leer?**

—En mi opinión personal todo, o casi todo lo que dicen los escritores sobre esta materia es errado, porque los escritores parten de bases personales; por ejemplo, que sus libros no se distribuyen, entonces concluyen que no hay distribución, que tienen pocos lectores; que es culpa de las editoriales. Los escritores están com-

pletamente equivocados en esa materia. El problema es estructural. Venezuela es un país que nunca ha sido de grandes lectores; eso es un hecho fundamental; segundo, no es posible entonces que de repente, por obra y gracia de una distribución, vengán a aumentar los lectores; ahora, si uno agarra y regala los libros igual no se leen, porque no saben leer, porque la lectura no es solamente descifrar los signos, sino tener la mente propicia para sintetizar y conceptualizar lo que se está leyendo, cosa que hoy en día está en crisis inclusive en la gente que sabe leer. Yo le aseguro que muchos de los jóvenes que saben leer y teóricamente escribir, no saben conceptualizar porque la televisión no permite conceptualizar sino la sensación. Entonces se trata de enseñar a leer a los que saben leer. Ahora, nada más indicado para enseñar a conceptualizar, que la educación. En la primaria y la secundaria el niño y el joven aprende a conceptualizar, pero como eso no funciona, ahora no se conceptualiza nada.

Los escritores se equivocan: en lugar de ir al problema estructural se van a su problema personal, egoísta, de si sus libros se venden o no. Se leen cosas increíbles. Algunos escritores han dicho que la crisis se debe a que las editoriales —a que Monte Avila por ejemplo, que es una gran empresa (de las pocas cosas respetables)— no le preguntan al lector qué quiere leer. Eso no puede ser, porque si le preguntan a la mayoría de los lectores que quieren leer, dirían Corín Tellado, novelas de detectives o pornográficas, o cualquier cosa de esas. La función no es preguntarle al lector, o mejor dicho, a la masa, qué quiere que se publique, sino publicar libros de calidad, que instruyan a la masa. El escritor está totalmente equivocado y culpa a la editorial, a la distribuidora, a la elección del lector y eso no es verdad. El problema es estructural y principia en la falla de una educación que ha perdido todo carácter humanístico en un país donde jamás ha habido grandes masas de lectores y hoy eso está peor que nunca.

**—Concretamente, ha que se debió**

## el fracaso de Mandorla, un proyecto editorial suyo aparentemente perfecto?

—Mandorla es una editorial que yo concibo con un carácter minoritario, para gente supuestamente adinerada, seguramente adinerada, pero supuestamente culta y es ahí donde me equivoco porque la gente adinerada actual de Venezuela son tan incultos como cualquier persona del pueblo, piensan en los yates, en las fiestas de flamenco español, en los paseos, en la moda, en el jet set, eso es lo que llaman jet set (antes eso se llamaba gente bien; yo me quedo con la gente bien y no con el jet set). Entonces, Mandorla no se vendía porque eran libros caros, estaban impresos con un gusto exquisito, pero no había público para eso. Yo no pretendía jamás que a Mandorla lo comprara un hombre del pueblo o un estudiante pobre, lo que pensaba era que la sociedad de Caracas, que gasta millones en fiestas ridículas a cada rato, podía de repente ponerla de moda y comprar unos libros muy bien editados.

—Pero parentemente sí se había puesto de moda consumir cultura.

—Bueno, consumir cultura en el sentido de ir al teatro, leer a García Márquez, lo que anuncia la televisión; pero la diferencia profunda es que la gente bien de hace cincuenta años buscaba y seleccionaba lo que quería en cuestiones de cultura. Hoy en día la cosa ha cambiado; hacen la cosa por moda

—Pero no estaría mal que se pusiera de moda leer.

—Ojalá. Yo intenté que se pusiera de moda Mandorla, pero no resultó.

—Paradójicamente y a pesar de lo que usted denuncia, solamente este año se han fundado tres editoriales con el romántico intento de recuperar un espacio para el escritor y el lector.

—La misma cultura de masas que ahora lleva a algunos escritores a reaccionar, pero eso no tiene nada que ver con el jet set. Ninguno de los millonarios venezolanos está financiando esos proyectos.

—Usted no se vuelve a arriesgar a editar, definitivamente?



—No; a menos que haya un grupo que haga un estudio económico y un apoyo, pero yo solo, no. Cuando yo inicio Mandorla, un libro costaba 14 mil bolívares los mil ejemplares. Yo tengo mi teoría. Cuando yo publico mi primer libro en 1939 ("Cinco poemas", nunca los he vuelto a publicar porque son vociferantes, cosas de muchacho) las ediciones eran de mil ejemplares. Hoy en día siguen siendo de mil ejemplares, pero antes había 250.000 habitantes en Caracas y hoy son más de seis millones. Eso demuestra que el número de lectores no ha aumentado proporcionalmente.

—Pero hay más escritores que nunca.

—Las universidades producen muchos escritores... y hay muchos premios; yo le digo, aquí hay tantos premios que inexorablemente todo escritor, aunque sean muchos, gana un premio, tiene garantizado su premio.

—Bueno, a veces es una vía desesperada (la de participar en concursos) para llegar a la publicación.

—Pero es que ese es otro problema; este es uno de los países donde se publican más libros. Aquí está la editorial del Estado que es Monte Avila, las comerciales; ahora, cada concejo municipal, cada asamblea legislativa, cada gobernador, cada secretaría de cultura se siente en la obligación de publicar un libro; es decir, aquí un joven con talento, a los 24 años tiene una bibliografía. Gallagos vino a publicar su primer libro cuando tenía 36 años.

—Y con mucho trabajo seguramente.

—¡Hombre!, pagado de su bolsillo. Eso es positivo; está bien que haya

tantos escritores, tantos premios, lo que está mal es que el escritor no se dé cuenta de cual es el problema, sino que mirando su resultado personal elabora teorías y dice tantas estupideces alrededor del problema del libro. El problema del libro es fundamentalmente una crisis educativa de fondo en un momento de ascenso vertiginoso de los medios audiovisuales. Entonces, hay que reformar el sistema educativo; si se reforma, aumenta el grupo de lectores pero nunca van a llegar a comprar siete millones de libros.

—Sin embargo, el tan anunciado triunfo de la televisión sobre los medios impresos no parece tan evidente en momentos cuando se cuestiona ese medio de una forma nunca antes vista.

—Usted tiene razón. En un país de pocos lectores (fue así siempre) la televisión no puede haberle quitado tantos lectores; al contrario, ha hecho un bien porque mucha gente que antes no leía queda informada por la televisión. Es decir, yo no creo que sea una competencia hacia la minoría que tiene el interés y la formación de la lectura. El problema no es ese sino que con una crisis de educación como la que hay, entonces el joven tiende a irse por el lado audiovisual, con lo cual pierde contacto con el libro. Ahí está el problema real.

Yo si cuestiono la televisión por su inmensa estupidez, porque realmente es lamentable. Los programas de opinión son lamentables. Los cuestionadores, en general, no saben nada, ni siquiera de lo que están preguntando. Entonces, formula una pregunta, contesta el interrogado y comienza otra, en lugar de redundar la pregunta. Por eso me interesó mucho la manera como José Vicente Rangel presentó su programa. Un gran programa: va al grano. Dura cinco minutos la conversación y pasan a otra cosa.

Y luego esas telenovelas. Bueno, siempre ha habido el melodrama, en todas las épocas, sobre todo a partir del siglo XIX. Lo grave es que ahora, la telenovela, es su infinita estupidez, malos actores, generalmente pésima dirección y ambientación,

agarran a una cantidad de lectores. No son lectores de libros. Ningún lector de libro va a abandonar el libro para ver una telenovela. Pero eso significa una distracción para millones y millones de venezolanos. Entonces, tampoco es criticable, porque esa gente que mal que bien no hace nada, bueno, claro que a lo mejor se contaban cuentos de aparecidos que eran más creativos que ver telenovelas. La televisión no es que ha frenado la lectura, no, porque la lectura ha sido minoritaria siempre. Lo que ha hecho es crear un canal a los jóvenes, que deberían poder leer. Y ha creado un narcisismo enfermizo, que es lo más grave. Cualquier muchacha que tiene un bonito cuerpo, cualquier muchacho buenmozo sueña con hacer una cuña, porque de la cuña van a brincar a la telenovela, y de la telenovela a ganar mucho dinero. Eso es lo malo. Lo malo es que distorsiona los estímulos y aspiraciones de los jóvenes arrojándolos hacia ese triunfo efímero y vacío del actorato de televisión. Cada uno de ellos es un narciso. Y todo el sistema publicitario, todo el sistema masivo, les hace creer eso. Es lo grave.

**—Sin embargo, Uslar Pietri observaba que la televisión es efectiva para transmitir mensajes, pero si ese potencial se canalizara bien podrían recuperarse algunos valores.**

—Sería muy bueno que se abriera un espacio para comentar la lectura, el libro. Haría un bien infinito. Eso que usted dice, es un hecho: cuando uno aparece por televisión la gente lo reconoce. Ojalá que los canales dejaran de ser tan mercantiles, tan crematísticos y pensarán, aunque sea en cuatro o seis espacios al servicio de la comunidad. Lo grave no son tanto los canales comerciales sino los del Estado. Eso le demuestra a usted lo que es el Estado Venezolano. Un Estado que dispone de dos canales, aunque en el Canal 5 aparecen cosas buenas, pero el Canal 8 es peor que los comerciales.

**—Usted cree que campañas como las que hay ahora para estimular la lectura, sean realmente efectivas?**

—Yo no creo. La publicidad sirve para unas cosas pero no para otras. Usted no le puede decir a un delincuente, por ejemplo, que sea un buen ciudadano. Porque el delincuente seguirá siendo delincuente. Eso es un cuento. La base está en reformar la educación. Pero la educación está planteada masivamente, no cualitativamente, y eso ha traído un bajón. Yo no creo en ese tipo de publicidad, «Cuida tu ciudad», «La selva es nuestra»...

**—Pero creo que a veces el mensaje se distorsiona, porque se lega al extremo de una familia totalmente incomunicada por leer mucho. Es una cuña donde todos los miembros de la familia leen; cada uno está ensimismado, encantado con su libro pero incomunicado.**

—Es lo que le digo. Eso es una ridiculez. Hay miles de cuñas ridículas. Esa no es la manera de llevar esa publicidad. La mejor es que cada canal tenga un espacio para comentar libros. Se hagan entrevistas a algunos autores, que destaquen el libro. Esas son las cosas que surten efecto.

**—Pero usted sí cree, seguramente, que leer es un placer. Es uno de los slógans.**

—Sí, por supuesto. Todo lo que sé lo he sacado de los libros. Absolutamente todo. Yo estudié bachillerato en Francia, que era muy templado. Un error de ortografía, una coma mal puesta, motivaba una raspada. Si el profesor daba clase sobre un autor determinado, le ponía a uno como tarea escribir sobre ese autor. Aquí, a los jóvenes, les ponen como tareas cosas locas, que yo no sé de dónde las sacan. Por ejemplo, cuál es la raza caballar que se impuso en Alaska? Otro caso, cuál es el carácter de la plusvalía en la antigua Grecia?. Esas son preguntas reales, yo no le estoy mintiendo. Entonces el muchacho llega a la casa y le pregunta al papá: qué es la plusvalía? El papá, que nunca oyó hablar de eso, llama a un amigo, medio marxista o socialista y le pregunta. Eso le demuestra el delirio a que llegan los maestros.

**—Y a usted nunca le propusieron ser Ministro de Educación?**

—No, no, a mí nunca me han propuesto eso. Me han propuesto cargos en la ONU, de diputado...

**—Se lo comento, porque hay gente que sí ha tenido la osadía de aceptar ese ministerio.**

—Ah, imagínese, por el Ministerio de Educación ha desfilado una pléyade increíble.

**—Bueno, Liscano, cómo se puede llegar efectivamente, a asumir el hábito de la lectura?**

—Hay que empezar con el niño. Hay que enseñarle las letras. Después leerle cuentos para niños, ilustrados, con letras. Enseñarle el amor al libro e ir creando ese contacto entre el niño y el libro. Ya en el primer grado enseñarle a leer y darle tareas en función de la lectura y así, sucesivamente, a medida que vaya ascendiendo en la escolaridad. Eso sin contar el problema de los maestros, claro. Obligarlos a leer.

**—¿A los alumnos o a los maestros?**

—A los alumnos y también a los maestros, por supuesto. Lo primero es que el maestro tenga un método de enseñanza; ellos podrían, perfectamente, transmitirle al niño el amor a la lectura. Aquí, actualmente, le exigen al muchacho de bachillerato la compra de determinados libros para un pensum. Uno nunca sabe por qué los libros que están en el pensum están allí. Por qué están unos y no están otros, no lo sabe nadie.

**—Qué libros deberían estar?**

—Ah, yo no sé. Lo que sé es que es una cosa misteriosa. Porque cuando yo estaba en Monte Avila me devané los sesos e hice encuestas para saber cómo era el mecanismo de elección para seleccionar esos libros. Y nunca lo pude saber. Es un misterio. En ese pensum hay libros. Uno de ellos, ya que estamos en una revista de Ars, es el de Antonia Palacios, «Ana Isabel, una niña decente». Bueno, de ese libro se venden 30 mil ejemplares por año, pero es una falsa venta: el niño no lo lee; lo que lee es el capítulo que le señala la maestra; luego no leen los otros libros de Antonia, no saben quién es Antonia. No la presentan realmente en un curso, para que el niño se enamore de

una autora, de un libro. Eso es una cosa loca.

—En el pensum también hay libros como «Terra Nostra».

—En ese pensum meten a quien les da la gana. Yo quise meter uno de mis libros para ver si se vendía, pero no lo logré.

—Qué libros se deberían leer en bachillerato?

—En primer lugar los clásicos, los que llamamos clásicos. Hay algunos autores fundamentales que deberían estar allí: por ejemplo, Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, algunos textos de Bolívar, Gallegos, Ramos Sucre y así; y luego, autores contemporáneos: Uslar Pietri y esas cosas; pero no de repente uná cosa loca que uno no sabe por qué. Meter libros de autores que no se estudian en el pensum es inútil; tienen que ser autores que se lean. De Gallegos, por ejemplo, solamente se vendía en Monte Avila el que estaba en el pensum; el resto no se vendía. Eso demuestra que realmente no se suscita el interés del alumno por el autor.

—Pero Liscano, usted decía al principio que la lectura es un fenómeno de élite. Cuál es entonces el sentido de todo esto si a la postre son pocos los que van a leer?

—El interés por la lectura va desapareciendo y lo que va sustituyéndola es el interés por el libro de éxito, el best-seller. Yo estoy seguro, por ejemplo, que en muchas bibliotecas figuran los libros de García Márquez, porque es Premio Nobel y está bien promovido. O «Terra Nostra», ya que usted lo nombra, pero de ahí a que los lean hay mucha diferencia. Mucho menos que esos libros van a ser tema de conversación de esas personas. Los compran por tenerlos. El hábito de la lectura tiene que fundamentarse en una necesidad. Si no hay una necesidad no se puede fundamentar. No se puede imponer con bayonetas; tiene que nacer con la persona. Eso se aprende desde pequeño.

## Museo será la literatura

Juan Liscano

**L**a presencia crítica y creadora literarias de Julio Ortega, cuya firma formó parte del índice de autores de Zona Franca, cuando iniciaba su trayectoria, corrobora en mí la función selectiva, en el buen sentido, del ámbito universitario. En todas las épocas convivieron un saber selectivo y un saber popular. Es decir, un saber especializado y un saber comunal, fundados en jerarquías y sentimientos comunes que la religión y los ritos determinaban. Templos, sacerdocio, creencias y cultos mantenían no sólo las jerarquías sino las prácticas. La religión popular y los grupos iniciáticos coexistían. En las grandes crisis de las civilizaciones e imperios, como escribió Julio Ortega en su interesante artículo. *La locura de la lectura* (El Nacional, 29 de septiembre de 1994), se revelaban «las fuentes de la lectura nacional, su capacidad de resistencia y respuesta».

Ello es cierto, correspondía respuesta y alimento de resistencia a quienes habían leído los textos y los archivos sagrados. Ayer: rollos escondidos por los esenios y los gnósticos, jeroglíficos de las estelas monumentales y de las cámaras funerarias de los egipcios. Cuando se hundió el imperio romano, los conventos recogieron el saber escrito y los bizantinos, a través de los árabes, se lo revelaron al mundo. Hoy en día, en medio de lo que califico de período agónico greco-romano-cristiano, las universidades desempeñan ese papel de minoría esclarecida por el saber universal. El único espacio norteamericano protegido y propicio a la lectura son las universidades. El mar de la ignorancia pragmática y tecnológica las rodea. Cuando menciono la tecnología, me refiero al analfabeta mental que usa la gran producción consumista vendida como entretenimiento. Propios de analfabetas que, sin embargo, aprendieron a leer y a escribir, son los juegos de la realidad virtual, del cybersexo, del ciber-espacio. El hipertexto es algo más: la preparación entretenida de la defunción de la lectura tal como la conocemos, el trato cálido con las páginas impresas, el subrayado emocional, los párrafos leídos y releídos, la función de cabecera. En la reciente Feria de Francfort, se regocijan sus organizadores porque había nueve mil metros de libros electrónicos. Resulta apropiado medir por metros y no por volumen la producción de hipertextos. Por los muchos aprendices a escritor de hipertextos, un juego formal anticipado por eso que se llamó «literatura experimental» ahora escrituras por las superpistas del Telnet, complace ver de regreso a la ficción cyberpunk, término con que el New York Times calificó a la pandilla de jóvenes que con sus computadoras caseras interfirieron archivos de ordenadores del gobierno, al narrador norteamericano Walter Cibson.

Su novela *Neuromante* apareció en 1984 y ganó los tres principales premios discernidos a la literatura de anticipación. Cibson describía a la humanidad futura regida enteramente por la tecnología electrónica y la inteligencia artificial, ésta presentada al público y a la prensa en 1958. Los cyberpunk hicieron de ese libro su evangelio. Han transcurrido nueve años, Gibson publica otra novela, *Virtual Light*, suscitando una paranoia de persecución electrónica y condenando el sistema tecnomilitar de vigilancia propio de los Estados Unidos. Pero ni mil Gibsons, ni mil Aldous Huxleys, ni mil Orwells, desviarán de un milímetro del proyecto «faústico» de las multinacionales de reorganizar la vida, el mundo y los hombres, de acuerdo a la electrónica, la informática, la cibernética, la inteligencia artificial.

Vivimos, pues, los postreros años de la lectura y del libro tal como lo conocemos y tal como lo exalta Julio Ortega. Proliferarán los autores de hipertextos. Los ordenadores serán las fuentes de inspiración. Las computadoras, el estilo del autor. La inteligencia, el funcionamiento de los chips en el cerebro para conectarlos con todo lo que determina el espacio maquinal. El joven, sin razonar, ama el cambio.

En el marco de ese formidable avasallamiento por la tecnología, Venezuela y sus letras postmodernas no tocan ni pito ni flauta, y mucho menos lo escrito por los dinosaurios de la literatura, entre quienes me cuento. No creo estar vivo cuando las reseñas de prensa destaquen los premios y los éxitos de los autores de libros electrónicos. Ortega, mucho más joven que yo, quizás sí lo esté. Y quizás también algunos ámbitos de humanismo universitario conservados como reliquias de otro tiempo. Las «nouvelles vagues» de autores por cassettes y en laboratorios, los visitarán como hoy vamos a ver los museos. Museo será la literatura que Ortega y yo hemos gozado o rechazado, en los años finales de la era de Piscis.

Tomado del suplemento cultural del Diario de Caracas Bajo Palabra. 6 de noviembre de 1994, No. 122.